

La humillación habitual

Alain Badiou
Le Monde, 15.11.05

“Controlados en permanencia por la policía”. De todos los prejuicios mencionados por los jóvenes sublevados del pueblo de este país, esta omnipresencia del control y de los arrestos en su vida de todos los días, este acoso sin tregua es el más constante, el más compartido. ¿Acaso nos damos cuenta de lo que significa ese prejuicio? ¿De la dosis de humillación y de violencia que representa?

Tengo un hijo adoptivo de dieciséis años que es negro. Pongamos que se llama Gérard. No está en relación con las “explicaciones” sociológicas y miserabilistas más comunes. Su historia transcurre en París, lisa y llanamente. Entre el 31.03.04, momento en el que Gérard no tenía aún quince años y hoy, no he podido llevar la cuenta de la cantidad de controles por los que pasó en la calle. Innumerables, no cabe otra palabra.

Los arrestos: iseis en dieciocho meses! Considero como tales el hecho de que sea conducido a la comisaría esposado, que se lo insulte y deba permanecer atado a un banco durante horas, a veces uno o dos días bajo vigilancia. Por nada.

Lo peor de una persecución reside, a menudo, en los detalles. Doy cuenta, así, un tanto minuciosamente, de la última detención.

Gérard, en compañía de su amigo Kemal (nacido en Francia y por lo tanto francés, de origen turco), se encuentra alrededor de las 16,30 hs. delante de un liceo privado, frecuentado por señoritas. Mientras hace un despliegue de sus galanterías, Kemal negocia con un alumno de otro liceo la compra de una bicicleta. A 20 €, ies todo un negocio! Sospechoso, por cierto. Notemos, sin embargo, que Kemal tiene algunos euros, no muchos. Esto es así porque trabaja como ayudante y pinche en una *crêperie*.

Tres “jovencitos” vienen a su encuentro. Uno de ellos anuncia, desconcertado: “Esa bici es mía; un adulto me la pidió prestada hace una hora y media y no me la devolvió”. ¡Ay! El vendedor era, al parecer, alguien que la había pedido prestada.

Se genera una discusión. Gérard entiende que la única solución consiste en devolver la bicicleta. Un bien que no ha sido correctamente adquirido, no da provecho. Kemal se decide a hacerlo. Los “jovencitos” se van con el artefacto.

En ese momento estaciona junto a la vereda, haciendo chirriar sus frenos ostensiblemente, un auto de policía. Dos de sus ocupantes se abalanzan sobre Gérard y Kemal, los aplastan contra el piso, les colocan las esposas con las manos en la espalda y luego los alinean contra la pared. Insultos y amenazas: “¡Maricones! ¡Boludos!”. Nuestros dos héroes preguntan qué fue lo que hicieron. “¡Ustedes lo saben muy bien! Por lo demás, ¡ahora se dan vuelta para acá!” Los ubican en la calle, siempre esposados, de cara a los peatones: “¡Que todo el mundo vea bien quiénes son ustedes y qué hacen!”.

Renovación de la picota medieval (media hora de exposición), pero con la novedad de hacerla intervenir antes de cualquier juicio e incluso de toda acusación.

Llega el celular destinado a trasladarlos. "Van a ver la que se ligan en la jeta cuando estén solos" "¿Les gustan los perros?" "En la comisaría no habrá nadie para ayudarlos".

Los "jovencitos" dicen: "No hicieron nada. Nos devolvieron la bici". Poco importa, se llevan a todo el mundo, Gérard, Kemal, los tres "jovencitos" y la bicicleta. ¿Acaso el culpable será esa maldita bici?

Digamos enseguida que no, ya no se tratará más de ella a partir de ese momento. Por lo demás, una vez llegados a la comisaría, Gérard y Kemal son separados de los tres "jovencitos" y de la bicicleta. Sobre la marcha, los buenos jovencitos blancos quedarán libres. El Negro y el Turco, es otro asunto.

Este es, nos dirán, "el peor" momento. Maniatados y sujetos a un banco, recibirán golpecitos en los tobillos cada vez que un policía pasa delante de ellos, insultos, especialmente dirigidos a Gérard: "Especie de cerdo", "Roñoso"... Los suben y los bajan durante una hora y media, sin que ellos sepan de qué se los acusa ni por qué se convirtieron así en animales de caza.

Finalmente se les informa que están detenidos e incomunicados por una agresión cometida hace quince días. Se sienten verdaderamente asqueados, sin saber de qué se trata. Se suceden la firma de la disposición por la cual quedan bajo vigilancia, el cacheo, la celda. Son las 22 hs. En casa, espero a mi hijo. El teléfono suena dos horas y media más tarde. "Su hijo está bajo vigilancia por haber intervenido en probables incidentes de violencia en grupo". Me encanta esa "probabilidad".

En un momento dado, un policía menos cómplice le dice a Gérard: "Pero vos, me parece que no estás en ninguno de estos asuntos, ¿qué hacés todavía acá? Misterio, en efecto.

Tratándose del Negro, mi hijo, digamos enseguida que no fue reconocido por ninguno de los testigos. "En cuanto a él, se acabó" -dice una mujer policía, un poco molesta-. "Te pedimos disculpas".

¿De dónde venía toda esta historia? De una denuncia, como de costumbre. Un celador del liceo de señoritas, lo habría identificado como uno de los participantes de las famosas violencias que habían tenido lugar quince días atrás.

¿No era en modo alguno él? Un Negro u otro, usted comprende...

A propósito de los liceos, de los celadores y de las delaciones, indico de paso que cuando Gérard fue arrestado por tercera vez, de una manera tan arbitraria y brutal como las cinco restantes, se le pidió a su liceo que proporcione la foto y el expediente escolar de todos los alumnos negros. Leyeron bien: los alumnos negros. Y como el expediente en cuestión estaba sobre el escritorio del inspector, me toca creer que el liceo, convertido en "sucursal" de la policía, operó esta "selección" interesante.

Nos llaman mucho después de las 22 hs. para que vayamos a buscar a nuestro hijo; no hizo nada en absoluto; piden disculpas. ¿Disculpas? ¿Quién puede conformarse con ellas? Por lo demás, quienes proceden de los suburbios imagino que no tienen siquiera derecho a esas excusas.

¿Quién puede creer que la marca de infamia que se pretende inscribir así en la vida cotidiana de esos chicos no tenga efectos y que esos efectos no sean devastadores? Y si ellos cuentan probar que después de todo, puesto que se los controla sin motivo alguno,

podría ocurrir que un día muestren “en grupo” que se los puede controlar por algo, ¿quién estaría autorizado para plantearles un reproche al respecto?

Uno tiene los motivos que merece. Un estado que designa en términos de orden público algo que sólo es el apareamiento de la protección de la riqueza privada y de los perros lanzados sobre las infancias obreras o las procedencias extranjeras, es pura y simplemente despreciable.

Alain Badiou
Filósofo; profesor emérito de la Escuela Normal Superior;
dramaturgo y novelista.
Red Resistamos Juntos